

Domingo Melfi

Montt y Sarmiento (1)



HAY una serie de superposiciones con respecto a la figura de Manuel Montt. Fué el hombre de la ley y fué también el hombre sin juventud. En Montt no hubo adolescencia y los días de la infancia corren entre los cerros mineros de Petorca. Se trata aquí de trazar un esquema de su naturaleza. Unos han buscado el origen de su vitalidad en el ancestro catalán. Otros han encontrado una gota de sangre negra en sus venas austeras. Yo encuentro en el modesto niño de Petorca, cuya casa parecía recoger la abrazada de los cerros, un poco del alma encogida y solitaria de ese paisaje en el que alternan los tonos minerales rojizos, con el verde tibio de sus rincones agrestes. Quizá allí comenzó a germinar la pasión de la ley que fué su pasión exclusiva, la querida. La vista distante de Montt—distancia para abarcar el horizonte de los hombres que se le acercaron, golpe casi excepcional en la América india y desgarrada

(1) Este fragmento forma parte de un ensayo sobre don Manuel Montt y su época.

—fué en él un don singular. Como era reconcentrado y solitario, tenía la mirada hacia adentro y la hacía reaparecer de lo profundo para abrazar a los que podían ser sus colaboradores o sus amigos. Así tuvo la plena seguridad de lo que había debajo del cráneo abrupto de Sarmiento, detrás de ese rostro hirsuto de simio, cuya frente tenía la vastedad de la pampa. El bello desdén del «loco lindo» atrajo la mirada del hombre sin juventud. Desterrado éste por una tiranía, Montt comprendía que él estaba a punto de ser también un tirano, si la tierra le hubiera permitido serlo en la potencialidad animal con que lo fué el estanciero de Cerro Grande, y si hubiera aflojado, con desdén de sí mismo, la correa de la ley que le ceñía inexorablemente. Pero sus cerros de Petorca sobre los cuales se había encaramado siendo niño, para otear la distante ondulación monótona de esas calvas colinas, le habían enseñado cosas serias sobre el país en el cual era ya la autoridad.

Petorca era asiento de mineros. Las sendas se bifurcaban por entre los cerros y los valles y de anochecido, las recuas de soñadores entraban al pueblo, escondido entre montañas como si fuera un nido de aventureros. ¿Qué otra cosa eran esos hombres oscuros, sin nombre, cubiertos por largos ponchos, que se dispersaban de día por los faldeos y quebradas y por la tarde, cuando regresaban traían siempre un extraño miraje de oro, una fiebre ondulante como de maravilla y de sobresalto, qué otra cosa sino aventureros? Y el niño oía ha-

blar de estos hombres, sentía sus pasos por las callejas, los miraba hormiguar en los cerros, desaparecer en las quebradas, sin cansarse nunca, ebrios con el sueño fantástico de la riqueza.

De niño hizo muchas veces el trayecto de Petorca a Hierro Viejo, un caserío cercano en el cual había un maestro que le enseñó a deletrear lo poco que podía entonces aprenderse. Cipriano Pérez, compadre de su padre, le llevaba sin duda de la mano. En el viaje por la orilla de los cerros cubiertos de quiscales espinudos, polvorientos con la tierra que el viento levantaba de las sendas, sobresaltaron algunas veces, con su paso a los y zorzales. Atravesaban breñales hoscos y caminaban largo trecho por la falda de los cerros entre quebradas en las cuales se aferran los espinos y algarrobos. En el extremo de los brazos famélicos de los quiscos, el niño vió muchas veces rojear la mariposa encendida de esa flor que parece un ensueño de la montaña. Don Cipriano Pérez le contó seguramente historias de entierros o de mineros que se perdían en los boquerones oscuros de las minas y nunca más regresaban al poblado de Petorca. Fantasía llena de mágicos seres y de sombríos personajes que por la noche poblaban el minúsculo reino sobreco-gido del niño.

Nunca llegaban a ser ricos. La fantasía en que se envolvían al echarse en el camastro se convertía a la mañana siguiente en la resignada pobreza sin esperanzas. Sólo muy pocos lograban en aquel tiempo alcanzar la gloria de vencer en la lucha incansable. La tierra dura se po-

nia hostil y cerraba implacable sus tesoros. Montt desde niño asistió a esa brega porfiada, oyó contar las penurias de los buscadores de metales y comprendió desde temprano cuánto sacrificio era necesario en la batalla para ganarse el pan. Almas primitivas y simples, huérfanas de toda luz, se le aparecían en sus vigili- as de estudiante en el Instituto y más tarde en sus noches de lector de Plutarco en ese mismo establecimiento del cual llegó rápidamente a ser Rector.

La montaña infunde en los pobladores una serenidad estoica. En Montt fué esa la línea más profunda de su carácter. Niñez triste y adolescencia triste y solitaria, le convirtieron en un ser prematuramente grave y serio. Se comprende que un hombre tan ferozmente combatido y tan tercamente acorralado por sus adversarios, guardara esa inalterable serenidad en medio del oleaje desencadenado de las pasiones. El cerro adusto y su gris vivencia parecieron darle un coraje secreto, una voluntad rectilínea. La influencia del padre, aunque muerto, cuando Montt era un niño, obró sobre su mente por el recuerdo. Había venido de una tierra práctica, en la cual sus antepasados habían ejercido funciones de magistrados y la gravedad del carácter paterno prendió fácilmente en el hijo.

Sarmiento lo ha evocado con emoción en sus «Recuerdos de provincia» y ha narrado una de las anécdotas más singulares de Montt. Anécdota que es casi un milagro en la vida de un gobernante americano, porque no da América, sino en raras ocasiones, esta clase

de hombres de gobierno. El tiempo mismo de Montt no es más que un tiempo de tormenta y si hay países en formación casi todos ellos no son más que reducciones atormentadas por los tiranos. Chile parece un oasis en el torbellino crispado de las pasiones primarias despertadas por la emancipación. El austero Montt sobrecoge, por la terca obstinación de su carácter, por su temple sólido, por la claridad de su concepción de gobierno.

La juventud de Montt fué la de un taciturno ceñida de deberes, yerma y desolada. No tuvo ninguno de los placeres que ensanchan la visión posterior del hombre y contribuyen a dar un volumen más armonioso a la sensibilidad. En Montt no hubo goces ni escapadas de amor. Ni un solo rasgo pasional con una mujer—esa desconocida que se encuentra en la intimidad de casi todos los hombres célebres, que los contemporáneos desconocen y que surge años después del fondo descolorido del tiempo para ceñir con un gajo de espumas la sombría soledad, de isla, del gobernante—queda como una huella brillante sobre el seco pedregal de su existencia, consagrada por entero al hogar y el estudio y al cumplimiento de sus obligaciones como funcionario y como gobernante. No le hicieron falta, estos dones al parecer, por que toda su ternura se derramó hacia adentro, como la de esos ríos subterráneos que viajan durante siglos bajo la tierra, embriagándose en el mágico rumor de su agua lenta y sordamente bulliciosa, inaudible, no obstante para los que están en la superficie.

Sarmiento acercó su oído a ese corazón hermético,

defendido por la severidad. El impetuoso hombre de los llanos; turbulento y agresivo, sintió la atracción singular del hombre sobrio de los cerros. ¿Qué había en ese carácter? ¿Qué hondura para él extraña, se abría desde el rostro moreno, cuyos ojos se fijaban sin rencor, inmóviles y nostálgicos de un bien que no conoció, en su espíritu solitario? Su edad era casi la misma. Pero ya el chileno había madurado rápidamente, como esos frutos cargados de pulpa que se abren llenos de la opulencia escondida de la tierra fértil. Sarmiento rugía su desesperación y su acometividad y Montt guardaba las formas, con un dominio seguro de sí mismo. Montt gustaba de esa fuerza en libertad, impaciente y tumultuosa, y quizás si en el fondo sentía una secreta amargura, porque en el cuyano veía él lo que indudablemente nunca habría podido ser. Se entendían en esa zona de los contrastes en que el más fuerte domina por los silencios, al que bulle en torrentes de palabras. Sarmiento era el espíritu romántico, el corazón angustiado por la carga de las emociones y sensaciones. Y él, en cambio, saboreaba el zumo agrio de la vida en soledad, de la vida que no puede dispersarse en la locura de las vehemencias. A él le era preciso poner un orden antes que el tumulto estableciera acciones violentas e irremediables. Se batió sin descanso contra las cábalas e intrigas de la sociedad y de la política durante toda la tormenta del decenio y con la ley junto a él, oprimiéndola como si fuera esa mujer apasionada y ardiente que alimenta de fortaleza la soledad, no trepidó en ahogar en sangre

las conmociones revolucionarias que estallaron en los extremos levantiscos del territorio. Curioso guiño del destino. El argentino Sarmiento era un desterrado, de la misma pasta liberal de los que en Chile combatían a Montt sin descanso. Y con él gustaba charlar y contenerlo.

¿No comprendía acaso lo que significa el paisaje que se ha visto desde niño, la influencia profunda que sobre el temperamento de los hombres ejerce la visión de una tierra en que los cerros dominan y los horizontes se estrechan, vencidos y sometidos? Sarmiento indudablemente, comprendía. Y porque comprendía que acercarse a Montt era gustar un poco la tranquilidad, el sereno goce de sentir la terquedad sin ostentación, es que iba a buscarle. Y Montt, en el secreto inviolable de su carácter, saboreaba a su vez esa fina sabiduría que es la conciencia de calmar el ímpetu de un hombre de genio, llamándolo a la realidad de los hechos. ¡Qué inmensa distancia se abría entre esos dos hombres y qué profunda cercanía soldaba, sin embargo, sus temperamentos!

Una vez fué a verlo. El alma de horizonte que era Sarmiento iba herida y sangraba en su espíritu. Le habían tratado mal, le habían desgarrado la piel los que le combatían en la célebre polémica de clásicos y románticos. Jotabeche, entre ellos, punzante como una arista filuda de los cerros norteños, junto con Sanfuentes, y Lastarria, y vencido ya, abandonaba la redacción de el diario «El Progreso» donde escribía. Montt

se puso serio. Más serio que nunca. ¿Abandonar la pelea? No. En aquel temperamento tan yermo, tan seco y tan rectilíneo, el abandono de la pelea era una huida cobarde:

—Contésteles con un libro. Escriba sobre lo que quiera, pero confúndalos con un libro...

Tal fué la respuesta de Montt.

Sarmiento guardó la lección única y formidable. «¡Contésteles con un libro!». Era la primera vez que un gobernante había hecho resonar en América esas pocas palabras milagrosas. La primera vez que un hombre de gobierno tomaba el libro como elemento supremo de convicción y le elevaba al rango de una conciencia superior! Cómo se ve allí la familiaridad del solitario con los libros: la cabeza inclinada, gris ya, sobre tantas páginas elocuentes, la fuerza que arranca de ellas y el deslumbramiento que sin duda, infunden cuando toda la atmósfera que llevan consigo, envuelve el espíritu de una sociedad y la obliga, mal de su grado, a reflexionar.

Otro rasgo ha recordado Sarmiento y conviene transcribirlo:

«Un día—escribe—la exasperación tocó en el delirio; estaba frenético, demente y concebí la idea sublime de desacierto, de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame. Escribí no sé qué diatriba; púsele mi nombre al pie y llevéla a la imprenta de El Progreso, poniéndola directamente en manos de los compositores, hecho lo cual me retiré a casa en

silencio, cargué mis pistolas y aguardé que estallase la mina que debía volarme a mí mismo; pero que me dejaba vengado y satisfecho de haber hecho un grande acto de justicia. Las naciones pueden ser criminales, y lo son a veces, y no hay juez que las castigue, sino sus tiranos o sus escritores. Quejábame del Presidente, de Montt, de los Vial, para que no escapase uno solo de mi justicia; y a los escritores y al público en masa los ponía overos con verdades horribles, humillantes, suficientes para amotinar una ciudad, ponerla demente de cólera y hacerla pedir la cabeza del osado que tales injurias le hacía.

Salvóme de este peligro cierto la bondad de don Antonio Jacobo Vial, a quien los cajistas espantados mostraron el manuscrito que estaban componiendo. Don Antonio Jacobo Vial se dirigió a casa, triste y me habló, con la voz dulce y compasiva con que se habla a los enfermos. Ninguna señal de encono, de resentimiento se traslucía en su semblante. Don Domingo—me dijo—me han mostrado los impresores el artículo dado para mañana. Lo siento. ¿Ha calculado usted las consecuencias?—Perfectamente (mostrándole con los ojos las pistolas).—Inútil.—Ya lo sé; déjeme en paz.—¿Ha visto López esto?—No.

Don Antonio tomó su sombrero y se fué a casa de López y al Ministerio a avisar a don Manuel Montt lo que sucedía y desde aquel momento no puso el pie hasta dejar zanjado aquel atolladero. López vino y me hizo consentir en que él revisaría el escrito y quitaría

algunas palabras demasiado inaguantables, y consentí en que lo hiciera. Esto era a las tres de la tarde; a las doce de la noche don Antonio me trajo una esquila de López, en que me decía que había desistido de quitar palabras, porque eso mostraba ya que se hacían concesiones; que si, no obstante la desaprobación de mis amigos, insistía, tomase en el acto un birlocho y me fuese a Valparaíso. López, con su sagacidad ordinaria, había tocado la tecla para hacerme ceder; primero, no contrariarme abiertamente, lo que se hace con los dementes; segundo, desaprobarme y esto me hacía impresión; tercero, mostrarme una debilidad de atenuar la frase y yo habría huído de dar muestra de flaqueza; cuarto, señalarme el camino de la fuga y esto me anonadaba. No, yo no entendía la cosa así: herirlos de muerte en su orgullo necio a todos y esperar y sufrir las consecuencias. La almohada vino a traerme sus consejos, ya que no el sueño. Al día siguiente, bien temprano, mandóme llamar el Ministro; me habló de cosas indiferentes, de la escuela normal, de no sé qué asunto de actualidad. Al fin descendió, con tiento, a tocar la herida, esforzándose en aplicarle el bálsamo, y mostrándome cuántas personas me distinguían y respetaban en cambio de esas injurias sin consecuencia. Tomé yo la palabra, me fui exaltando, me paré y en el momento en que iba a perder todos los miramientos debidos al Ministro y al amigo, abrió la puerta don Miguel de la Barra, que por acaso o de intento llegaba en el momento preciso para evitar un escándalo, por aquello de

que palabra y piedra suelta no tienen vuelta. Así este Chile a quien quería ensambenitar, me mostraba en aquel momento virtudes dignas de respeto, delicadeza y tolerancia infinitas y muestras de simpatía y aprecio que hacía injustificable el suicidio que yo me había preparado. Desde entonces acá el público y el escritor se han educado recíprocamente». (1)

Es indudable que Sarmiento sintió el magnetismo de ese temperamento de frías realidades sobre el suyo, agitado y vehemente. El ha confesado en sus «*Recuerdos*», que se entendían a veces sin hablarse, sólo por guiños o por esas miradas de inteligencia que se cruzan por encima de las cabezas de los interlocutores. Adivinaban el uno en el otro las fuerzas secretas, puestas al servicio de destinos más o menos parecidos. En ocasiones, Montt debió indicarle que se contuviera en sus ataques iracundos contra los adversarios que lo zaherían en los diarios chilenos. Le imponía el equilibrio de que él había dado tan abundantes muestras a lo largo de su atormentado gobierno tan ferozmente combatido. Su punto de vista coincidía en todo, con el de Sarmiento en el principio de la cultura. No se lograría corregir o intensificar el progreso de estos países, si no se abrían escuelas y se fundaban establecimientos de enseñanza práctica.

La oligarquía pelucona supo ver en Montt al hombre del cual podía servirse para fortalecer su propia

(1) Sarmiento.—*Recuerdos de Provincia*.

posición en la sociedad chilena. Sarmiento había advertido bien este aspecto y comprendía, además, que en ese hombre austero y virtuoso, que siempre estaba inclinado sobre los libros, había la pasta de un ser independiente que si es cierto que podía mantener el orden a costa de su propia tranquilidad y en ocasiones de violentas represiones, desafiando todos los peligros, era igualmente capaz de enfrentarse con las fuerzas más poderosas de la sociedad: la Iglesia y la tradición. Y en esto no cedió. Debía demostrar a la nueva clase social a la que el mismo pertenecía y que empezaba a surgir aún tímida, que era posible realizar por las vías de la ley, transformaciones sociales que en otros países no se lograrían, sino por sangrientas y dolorosas revueltas.

En el capítulo «*Contra viento y marea*» de este mismo ensayo, analizamos la impopularidad de Montt, su exaltación al poder supremo a pesar de la terrible oposición del país casi entero, y las medidas extremas que hubo de adoptar desde el gobierno, para reducir la efervescencia opositora, que le combatió sin descanso y a la cual, Montt respondió con los estados de sitio y las facultades extraordinarias.

.